

de apóstoles.» ¡Oh, si le fuera permitido, ella misma se anduviera predicando la fe de un reino en otro hasta convertir á todos los infieles! ¿Sabéis á qué extremos la llevaba su celo? Pues á salir por las calles de Lima con un crucifijo en la mano, en hábito de penitente, dando voces para despertar y mover á penitencia á los aletargados pecadores. Y ¿creéis, hermanos míos, que quedaba defraudado su celo en aquella sociedad entonces tan llena de fe y religiosidad? ¡Oh! no, que muchos pecadores eran vencidos por la divina elocuencia con que la santa predicadora les persuadía el amor de la virtud y el aborrecimiento del vicio. Así convirtió á un caballero que locamente se le había aficionado.

8. Y ¿cómo no había de encenderse su amor á Cristo, si desde tierna niña de cuatro años empezó á contemplarle en su dolorosísima pasión? Es el Crucifijo la escuela del amor, y del amor paciente, abnegado, pronto á la inmolación y al sacrificio, como el de la heroica Virgen á quien hoy tributamos nuestros cultos. ¡Cómo anhelaba padecer por Cristo! Ya en la infancia rogaba á una criada que en un retrete de la casa la pisotease, escupiese y diese golpes para imitar al Redentor escarnecido y abofeteado; y cargada la inocente criatura con un gran peso ó un madero, andaba por un huertecillo cayendo muchas veces agobiada con la carga, gozosa de imitar á Jesús con la cruz á cuestas. Y éstos no eran juegos piadosos, como los de otros niños, sino actos serios de amor y devoción. De allí nació sin duda aquella fortaleza varonil con que se mostró siempre como insensible al dolor físico. ¿Cómo explicar de otro modo los asombrosos rigores de su penitencia? En memoria de la hiel y vinagre que dieron á Cristo, tomaba todos los viernes una buena cantidad de una bebida de verbena amarguísima, y no se acostaba sin gustar la hiel de una redoma que tenía á la cabecera de la cama. ¡Ah! pero lo que más al vivo la hacía representar á Jesús era

la corona, si no de espinas, de pequeños clavos, que ceñida á la cabeza, le atravesaba las sienas virginales con el dolor agudísimo que puede imaginarse. ¡Mirad, si podéis, sin estremeceros, esa plancha angosta que en forma de corona le atormenta la desnuda cabeza, con noventa y nueve clavos! Así, así corona el amor á la verdadera esposa de Cristo crucificado. Mas ¿qué ardores no levantaba en su pecho el Sacramento del amor por excelencia? ¿Cómo no se derretiría allí su corazón al sentir las palpitations del corazón de su Amado? Desde niña sintió el atractivo celestial de la divina Eucaristía, que despertaba en ella una hambre insaciable de recibirla. Y recibíala con la mayor frecuencia que era permitida entonces á las almas más perfectas; pero ¡con qué sentimientos de devoción como si cada una fuera la última de sus comuniones! Ella misma carecía de palabras para explicar los regalos, las dulzuras y transportes que causaba en su alma este divino manjar. Mas ¿á qué las palabras cuando se manifestaban los interiores afectos en los efectos exteriores que producía la comunión en el cuerpo trasfigurado, en el rostro lleno de resplandores celestiales? Y ¡qué agilidad no le infundía el Pan divino, cuando, después de recibirlo, volvía á casa con tanta ligereza que su madre no podía seguirla! Y ¡qué fe en la presencia real de Jesucristo, que la hacía querer sellar con su propia sangre la confesión de este misterio!

9. Pero el amor de Jesús, hermanos carísimos, tiene también sus delicias inefables, incomprensibles para los profanos. «Mis delicias», dice el divino Esposo, «son estar con los hijos de los hombres»¹, que por eso se hizo hombre y aun niño, tomando esta forma, la más bella y amable de la tierra. ¿Quién gustó de estas delicias del trato familiar con Jesús Niño con mayor abundancia que la bienaventurada Rosa? Increíbles, inverosímiles nos parecerían los

¹ Prov. 8, 31.

favores que se refieren en su vida, si, aparte de la veracidad del relato, no supiéramos hasta dónde llega la benignidad del buen Jesús, el amante Esposo de las almas puras. Oíd algunas de esas extraordinarias mercedes concedidas á la favorecida Rosa¹. Cuando estaba haciendo labor, muchas veces se le aparecía Cristo en figura de un niño pequeño y se sentaba sobre la almohadilla; otras veces, cuando leía, veía al Niño Jesús pasearse por la plana del libro. Jugaba con ella el Niño-Dios, y ganaba la mano ó se dejaba ganar de su sierva. «¡Admirable dignación!» como exclama á otro propósito la Iglesia². Celoso de su amor, el Esposo divino le arrancó en una ocasión una mata de albahacas á que Rosa parecía tener afición, para enseñarla á poner en él todo su amor y no partirle con ninguna criatura. ¡Tanta es la pureza de corazón que exige de las almas escogidas! Pero ¡qué bien le recompensaba estos pequeños sacrificios! Arrobadada un día la santa Virgen en su celdilla, vió el suelo sembrado todo de rosas. Apareciósele entonces la Virgen María con su Hijo en los brazos, y el Niño Jesús le dijo que cogiese aquellas rosas. Cogiólas y ofrecióselas al Niño, pero él no quiso tomar más de una diciendo á la Santa: «Esta rosa eres tú; de ésta tomo yo por mi cuenta el cuidar; de las demás dispón tú como quieras.» Hizo con ellas una corona la doncella, púsola al Niño en la cabeza, y él mirando á la Santa y sonriendo le echó su bendición y desapareció. Así lo refiere con amable candor un piadoso cronista. Cómo suceden estos prodigios sobrenaturales, no sabré yo decíroslo; pero creo no menos en la bondad que en el poder de Aquel que es maravilloso en sus santos—*Mirabilis Deus in sanctis suis*³.

10. Faltábale á Rosa la mayor de las pruebas á que puede estar sujeto el verdadero amor de Dios, la fidelidad en la tribulación, y en la tribulación más amarga

¹ *Rivadeneira*, Flos Sanct.

² *Ecclesia in offic.*

³ Ps. 67, 36.

como es el desamparo de Dios. Hízola el Señor beber el cáliz amarguísimo de su pasión, como á la otra sierva suya, Catalina de Sena, y lo más penoso de él para las almas amantes, como son los desvíos, desamparos, soledades y oscuridades interiores con que Dios sabe probar á los que mucho ama. Tan grandes fueron los que padeció nuestra Virgen que ella misma no hallaba palabras para declararlos. Sentíase como encerrada en una oscura y tenebrosa cárcel, sin un rayo de luz, rodeada de tinieblas, desmayos y desconuelos. Sus potencias parecían embotadas para Dios... Al querer acercarse á Él, parecía que le pusiese grillos para que no lo hiciese, despidiéndola y arrojándola de su presencia. ¡Qué tormento, qué martirio tan cruel cual nunca lo inventaron los tiranos! Y este martirio se renovó por espacio de quince años continuos, una ó dos horas cada día, pasadas las cuales, es verdad, se hallaba de repente como en otra región de claridad y gozos inexplicables en que se anegaba su alma en el amor de Dios. ¡Cuál no fué entre tanto su constancia, su conformidad con la voluntad del que así la atormentaba! ¡Cuántas veces no repetía con ánimo esforzado las palabras de Cristo: *Fiat voluntas tua!* Nada diré de otra clase de tribulaciones con que plugo á Dios probar á su amante sierva, como fueron las violentas y porfiadas persecuciones del infernal enemigo, que, permitiéndolo el Señor, como en los tiempos de Job, la maltrataba y afligía de mil extraños modos, envidioso sin duda de tanta santidad, y deseoso de derribarla de las alturas del favor divino. Pero en vano, porque nuestra heroína, aunque fatigada en la lucha, hacíale correr avergonzado y vencido. Aun tuvo la Santa otras batallas más peligrosas que la hicieron quejarse amorosamente á su Esposo, mezclando con sus lágrimas la sangre de sus disciplinas; pero entonces mereció escuchar estas dulces palabras de Cristo que tranquilizaron su angustiado espíritu: «Rosa, ¿parécete que hubieras conseguido la victoria, si

yo no estuviera contigo?» Ahí tenéis, amadísimos oyentes, bosquejado á grandes rasgos el ardiente amor de Rosa al Esposo de su corazón. Tratemos de diseñar á la ligera el asombroso cuadro de sus inauditas mortificaciones voluntarias.

III.

II. Los estrechos límites á que me propongo ceñir este importante elogio de nuestra gran Santa americana, no me dejarán extenderme en un punto en que debería hacerlo para daros la verdadera imagen de esta Virgen, prodigio de penitencia, comparable con los modelos más maravillosos que nos presentan los fastos de la Iglesia. Algo dejamos ya apuntado, y lo poco que ahora añadiremos bastará para llenarnos de asombro. ¡Qué milagros de fortaleza, en medio de la natural debilidad del sexo, no es capaz de efectuar el amor apasionado de Jesús! ¡Qué sed de torturar su inocente carne no inspiró á Rosa el anhelo de asemejarse á Cristo! Ayunos rigurosos, cilicios asperísimos, disciplinas de sangre, maceraciones inauditas, todo le parecía poco para apagar la sed de padecer que la devoraba, como devora á los mundanos la sed de gozar! Á los seis años ayunaba á pan y agua varios días á la semana. Á los quince hizo voto de no comer carne en los días de su vida si no fuese por obediencia. Y cuán acepta fuese á Dios esta abstinencia lo demostró con señales inequívocas. Una aparición del mismo Cristo la fortaleció en su santo propósito, combatido vivamente por los que no miraban sino por su bienestar corporal. Y si Rosa había de tomar algún alimento para conservar la vida, aunque evidentemente sostenida por milagro, había de ser mezclado con la hiel de la mortificación. He dicho que la vida de nuestra admirable Virgen se sostenía milagrosamente, y no podía ser de otra manera, puesto caso que llegó á reducir todo su alimento á una cantidad insuficiente para sostenerla, á unas pocas onzas

de pan durante toda una semana, y unos pocos gajos de naranja, alimentándose largas temporadas con la sagrada Comunión. ¿No había aquí un evidente milagro? Imposible fuera negarlo. Y ¿cómo pudiera, sin la intervención sobrenatural, tener fuerzas para trabajar y orar y practicar otras terribles penitencias?

12. Confieso, hermanos carísimos, que temo desarrollar á vuestra vista el cuadro de esas austeridades inauditas que pusieran admiración y quizás acobardaran á los más valerosos campeones de la penitencia. ¡Es tanta nuestra delicadeza que hasta el nombre de maceración de la carne nos asusta y horroriza! ¡Á tal extremo nos ha traído la molicie de las costumbres del siglo! Y entre tanto ¿no estamos hoy como siempre sujetos á ser víctimas indefensas del dolor? Padecemos, y llenos están los hogares de agudos padecimientos; mas no queremos aceptar esta dura ley, rehuimos cuanto podemos el dolor, y no tenemos valor para ser verdugos de nosotros mismos ni aun para dar á la justicia divina alguna satisfacción por nuestras culpas. Rosa se crucificaba voluntariamente por amor á su Dios crucificado, despedazaba su cuerpo con agudos azotes por amor á sus prójimos los pecadores, se ofrecía en holocausto por la gloria del Criador y la salvación de sus hermanos. Si tomaba algún descanso por la noche era sobre un lecho semejante al leño de la cruz, un verdadero potro de tormento que la hacía temblar naturalmente; si velaba en oración durante largas horas de la noche, valíase de ingeniosas trazas para vencer el sueño que reclamaba la pobre naturaleza maltratada pero no vencida; su vida entera era un martirio voluntario. ¡Oh portentosa heroína de la cruz! ¡Oh esposa verdadera de Cristo crucificado! ¡Cuán grande debe ser tu gloria en la patria de las recompensas, en el reino donde habitan las vírgenes inmaculadas siguiendo al Cordero sin mancha por aquellos prados amenísimos de la bienaventuranza!

13. ¡Hijas de María Inmaculada! Si no os sentís con fuerzas suficientes para seguir á Rosa, la incomparable Virgen de Lima, por esos caminos extraordinarios por donde quiso llevarla á las cumbres de la santidad el Señor de las virtudes, seguidla á lo menos, pero constantes y animosas, por ese otro camino llano que habéis emprendido de la pureza de corazón y de sentidos, del ferviente amor á Jesucristo y á María vuestra tierna Madre, y también de la mortificación cristiana, que es el camino real de la salvación. Así honraréis debidamente á vuestra amable Patrona y podréis esperar de ella favores singulares y gracias abundantes para vuestra santificación. ¿Cómo no ha de distinguir con especial cariño á sus hermanas en Cristo? ¿Cómo no ha de cuidar con esmero de este precioso huertecillo de María? ¿No habrá también aquí algunas rosas y azucenas que atraigan sus miradas y que ella recoja para ofrecerlas á Jesús? Alzad, pues, hasta su trono vuestras sentidas plegarias y decidle: «Benedicidnos á todos, ¡oh gloria del continente americano! Benedicidnos ¡oh fulgentísima estrella del Perú! ¡Alcanzadnos á todos los que celebramos vuestras glorias, gracias copiosas y eficaces con que podamos conquistar la del cielo! Así sea.

De Santa Catalina Virgen y Mártir, con ocasión de celebrar su primera Misa un neo-sacerdote.

(Predicado en Cartagena, 1909.)

Santa Catalina, modelo del sacerdote católico.

Inspice, et fac secundum exemplar quod tibi in monte monstratum est.

Ex. 25, 40.

I. ¡Hermoso espectáculo, hermanos carísimos en nuestro Señor Jesucristo, el que nos presenta el día de hoy esta santa iglesia metropolitana! Vemos á un joven levita, á

un nuevo ministro del Altísimo presentándose en el altar á ofrecer por vez primera con la solemnidad de las augustas ceremonias de la liturgia católica el santo sacrificio de la Misa; y vemos al mismo tiempo al clero y al pueblo de Cartagena congregados bajo las bóvedas de esta majestuosa basílica para celebrar con la pompa de rito á la gloriosa Patrona de la Arquidiócesis, la Virgen y Mártir Santa Catalina. No sin acertado consejo se ha querido reunir estas dos festividades para que mutuamente se comuniquen el esplendor y la solemnidad que á cada una de ellas corresponde. ¡Qué bien concuerdan, en efecto, los sentimientos del nuevo sacerdote en esta hora solemne, con los que debe inspirarle la festividad de la santa Virgen de Alejandría! Ya me parece escuchar en los latidos del corazón del que se ve sublimado á la dignidad del sacerdocio aquel himno de acción de gracias que palpitaba en los labios del Profeta Rey cuando decía: *Quid retribuam Domino pro omnibus que retribuit mihi? Calicem salutaris accipiam, et nomen Domini invocabo*¹—«¿Cómo podré retribuir al Señor la multitud de beneficios que este solo beneficio encierra y significa? ¿Cómo darle las debidas gracias por el cúmulo de bendiciones con que me previno y la cariñosa ternura con que dispuso y enlazó las circunstancias todas que me han elevado hasta el ápice de la dignidad sacerdotal en que hoy me encuentro colocado?» *Quid retribuam Domino? Tibi sacrificabo hostiam laudis*². ¡Ah! la Hostia sacrosanta que voy á ofrecer en este instante será el sacrificio de alabanza con que podré satisfacer la inmensa deuda de gratitud que he contraído con mi Dios. Ésta es toda mi esperanza, éste el anhelo de mi corazón. Mas al mirar la imagen de la gloriosa Virgen en cuyo honor va á celebrar su primera Misa solemne, no podrá menos de implorar su valimiento para con el

¹ Ps. 115, 12, 13.

² Ibid. 17.